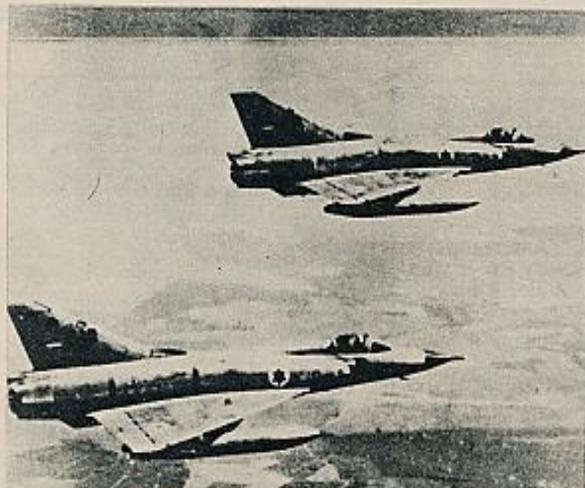


MALOS PRONOSTICOS PARA ORIENTE MEDIO

La cuestión de Oriente Medio alcanza en estos días el paroxismo de la confusión. Las grandes potencias tienen una percepción clara de que es urgente encontrar una fórmula de paz; es urgente, porque la multiplicación de incidentes de todas clases, la gravedad creciente de esos incidentes, la acumulación de armamentos y la acumulación de odios hacen pensar seriamente que una cuarta guerra entre Israel y los países árabes —que, en realidad, es una sola guerra en distintas etapas— puede estallar con toda su crudeza, sin paliativos de ninguna clase, y puede arrastrar a situaciones internacionales muy peligrosas. No es frecuente que un conflicto internacional escape hoy a los controles políticos. El de Oriente Medio, sin embargo, se ha escapado, se ha ido de las manos de quienes laboriosamente lo han creado. Ha entrado en una zona de irracionalidad. Quienes cuidadosamente lo plantearon —los ingleses, primero, en su época de Imperio; los Estados Unidos, después, al heredar los restos del imperio inglés— tenían la intención política de mantener un estado de división y equilibrio —el famoso «balance of powers», que impidiera el dominio local de las fuentes del petróleo, de la vía de navegación de Suez y de las posiciones estratégicas mediterráneas. Al hacerlo y al sostenerlo, levantaron unas fuerzas pasionales y toda una mitología que hoy desbordan la situación calculada. Gran Bretaña no quiso abandonar Oriente Medio al final de su imperio sin provocar una división fuerte y grave, y lo hizo mediante el envío a Palestina de millones de judíos desplazados de Europa, víctimas de una situación tradicional de persecución, que debían luchar fieramente por la posesión y la manutención de su franja de territorio hasta convertirlo en Estado independiente. Como no quiso abandonar la India sin crear la división de Pakistán, ni Chipre sin enfrentar a las comunidades griegas y turcas, ni Nigeria sin formar una federación entre grupos enemigos. La sangre que se ha vertido en el mundo por estos y otros problemas similares y la inestabilidad mundial que estamos viviendo tienen por origen ese cálculo imperial de dejar divididos y enfrentados los territorios, con la esperanza de poder ejercer un lejano poder de arbitrio neocolonial y de poder mantener una situación de control. Cuando, en



«No queremos que un caos sangriento alcance al Oriente Medio», decía la declaración del gobierno francés que justificaba el embargo de armas a Israel. En la foto, Mirages III. Israel había confiado su defensa aérea a la aeronáutica francesa.

un momento dado, Gran Bretaña quiso utilizar en su beneficio la situación calculada —esto es, cuando, en comunidad con Francia, utilizó a Israel para provocar una guerra que llevaría a la recuperación del Canal de Suez nacionalizado por Nasser y organizó una expedición militar que terminó en la impotencia y en el ridículo— se encontró que los Estados Unidos, por una parte, y la Unión Soviética, por otra, no admitían ya ese juego imperial, no toleraban que naciones convertidas de grandes en pequeñas pudieran realizar este tipo de movimientos imperiales y restablecieron la situación. Al mismo tiempo, heredaron el problema. En la época del «imperio benévolo» de Kennedy se hizo un esfuerzo importante —reconocimiento de la República del Yemen, envío de representantes especiales a los países árabes— para reducir el peligro de la situación. En la desastrosa y triste época que lleva el nombre de Johnson, enteramente regresiva en todos los aspectos, se volvió al intento de dominio de los países árabes por el instrumento llamado Israel y utilizando una vez más la terrible fuerza instintiva de los habitantes de ese pequeño Estado asiático. Las fuerzas que se levantaron entonces son hoy muy difíciles de reducir y escapan a todo control político.

El único restablecimiento eficaz de la situación sería, hoy, la desaparición del Estado de Israel, creado artificialmente para equilibrar lo que entonces era el poderío creciente de los países árabes. Esa solución no es solamente imposible desde un punto de vista realista, sino que lo es también desde un punto de vista moral. La ilegitimidad de nacimiento del Estado no puede, en ningún caso, justificar la desaparición de un «habitat» de dos millones y medio de personas, muchas de ellas procedentes de otros largos éxodos de los que han sido víctimas. Hay que considerar que estas personas, convertidas en un Estado al que el gobierno francés, en una declaración oficial, acaba de considerar como agresivo, han sido colocadas en esa situación no por su propia voluntad, sino por la disposición arbitraria de las grandes potencias. Pero hay que considerar también que un millón —por lo menos— de árabes han sido desplazados de ese territorio que era el suyo y el de sus antepasados por la fuerza de la agresión, y que la situación se ha complicado por la anexión militar de nuevos territorios. Una segunda solución aparente sería la de desmitificar la postura de Israel. No parece, tampoco, posible. El Estado de Israel se ha establecido sobre unas raíces ideológicas que arrancan del Antiguo Testamento, ha dado un sentido de misión y de cumplimiento de promesa divina a su establecimiento y a su expansionismo, ha reunido místicamente en torno suyo a todos los judíos del mundo —el Congreso Mundial Judío acaba de reiterar su apoyo total a Israel— y, más aún, a unos ciertos grupos judíos que ven coincidir sus motivos raciales y teológicos con los de sus intereses de capital. De esta forma se concluye la paradoja de que un Estado reciba al mismo tiempo el apoyo de quienes lo consideran como ejemplo de la lucha del débil contra el fuerte y sea, a pesar de la exigüidad de su territorio y del escaso número de sus habitantes, uno de los países más poderosos del mundo. Se dice estos días, con cierto sensacionalismo, que Israel tiene o está a punto de tener la bomba atómica. No es una noticia nueva: desde hace años se sabe que la tiene a su alcance. La bomba atómica no puede ser fabricada por un país de las dimensiones físicas y económicas de Israel, pero puede serlo por un país cuyo ámbito es mundial, y que dispone de los mejores sabios atómicos del mundo entero y de las fuerzas económicas capaces de realizar este arma.

La respuesta a este poder por parte de los árabes es una respuesta clásica en todas las situaciones históricas similares: la guerrilla. La guerrilla árabe está cargada de una dosis de fanatización. Se ha comentado ya en estas columnas que si en

El nuevo primer ministro del Líbano, Rashid Karami. Le ha llevado al poder el raid israelita contra el aeródromo internacional de Beirut, un acto tan impecable militarmente como insensato políticamente.



ella se polariza un sentido clásico de defensa frente a un poder ocupante, no sólo extranjero, sino extraño, posee al mismo tiempo un objetivo revolucionario, por el cual culpa a los Estados árabes de no haber restablecido la situación y de mantener unos regímenes antipopulares. La guerrilla árabe escapa hoy enteramente al control de los Estados constituidos de los árabes y, por lo tanto, a la capacidad moderadora de la Unión Soviética, cuyos intereses nacionales, por el momento, no coinciden con una situación aguda en Oriente Medio, de la misma forma que Israel, nutrido de un espíritu triunfalista de tipo religioso y alimentado moral y materialmente por un movimiento sionista mundial, escapa al control de los Estados Unidos, para quienes tampoco es deseable una nueva situación de crisis que vendría a caerles encima cuando están tratando, por todos los medios, de apagar el incendio de Vietnam que ha estado a punto de devorarles.

El fracaso de todos los planes de paz, de mediación o de armonización que elaboran las grandes potencias procede de esta huida hacia adelante de los dos grandes grupos enfrentados. En Israel se cree, y se expresa abundantemente, que sólo una posición de fuerza puede asegurar el sostenimiento de su Estado, y no se oculta que hay deseos de practicar mayores expansiones territoriales que las realizadas hasta ahora. Por su parte, el mundo árabe está convencido de que su enemigo no cederá jamás si no es por la fuerza. Lo decía muy claramente «Al Ahram», al asegurar que «no hay solución pacífica a la crisis de Oriente Medio», y añadía: «Solamente podemos confiar en nuestra capacidad de modificar sobre el terreno el hecho consumado. La acción militar es un prefacio a una solución política».

Todos los pronósticos que se pueden hacer, por el momento, son malos, incluso muy malos. La situación tiende a agravarse y puede estallar en un plazo que puede ser de horas o de días, aunque pueda serlo de meses. La esperanza principal consiste en que las grandes potencias consigan situar el conflicto dentro de los límites geográficos estrictamente locales. Pero las extensas raíces psicológicas, religiosas y raciales del Estado de Israel en el mundo entero, el interés afectivo que despierta en muchas zonas influyentes del mundo —y en medios tan distintos, y a veces en pugna entre sí, como son los financieros, los intelectuales, los científicos, los informativos— harán poco posible que se conserve la serenidad y que se pueda mantener el tema dentro de sus límites realistas.

Oriente Medio

INTEGRACION JUDEO-ARABE

Aunque tengan pocas ocasiones de manifestarse, dado el clima de «unión sagrada» que impera en el país, no todo son «halcones» en Israel. Entre tanto argumento que, voluntaria o involuntariamente, identifica constantemente la causa del pueblo judío con la del Estado israelí, de vez en cuando surgen voces lúcidas que intentan situar el cada vez más explosivo problema de Oriente Medio en sus justos límites.

Uno de los últimos testimonios de estas escasas excepciones lo acaba de dar, por medio de las páginas de «Le Monde» (que no oculta, sin embargo, sus simpatías pro-israelíes), el profesor israelí M. Machower, lector en el departamento de matemáticas de la Universidad hebrea de Jerusalén, y actualmente lector en el departamento de historia y de filosofía de la ciencia en el Chelsea College de la Universidad de Londres.

En un amplio artículo titulado «A favor de un Estado judeo-árabe», el profesor Machower comienza haciendo un repaso histórico desde los tiempos de la primera implantación sionista en Palestina —hace más de setenta años—, hasta la creación del Estado de Israel, después de la segunda guerra mundial, para terminar analizando las sucesivas crisis —1956 y 1967—. La conclusión del profesor Machower es inequívoca: «La paz en Oriente Medio pasa por la desionización de Israel y el final del régimen sionista, lo que significa el abandono de la prioridad absoluta acordada al mantenimiento de un Estado judío. Efectivamente, éste implica bien que se pretenda salvaguardar, a todo precio, la mayoría judía, como desean los «palomas» israelíes (los señores Eban y Sapir), bien que se rebaje a los árabes al papel de ciudadanos de segundo grado, de acuerdo —salvando todas las distancias— con el modelo sudafricano, como lo desean los «halcones» (el general Dayan y el señor Pérez). El único objetivo que corresponde a las exigencias de la paz duradera y del progreso en aquella zona —prosigue el profesor Machower— es la creación de un Estado binacional o, sencillamente, de un Estado común del que desapareciera toda discriminación étnica y religiosa, sea cual fuere la mayoría».

U. S. A.

CLAY SHAW, AL BANQUILLO

Si de aquí a entonces no surge un nuevo aplazamiento, el próximo día 21 dará comienzo en Nueva Orleans el juicio contra Clay Shaw, acusado por el procurador general de dicha ciudad, Jim Garrison, de participación directa en el atentado que costó la vida al ex Presidente Kennedy. En el informe acusador de Garrison —que da marco legal a la tesis que rebate de modo determinante las conclusiones del «informe Warren»— se afirma que Shaw conspiró junto a Oswald, Jack Ruby —que dio muerte a Oswald y que, a su vez, murió poco después de forma un tanto misteriosa—, David Ferrie y alguno más. La tesis

de Garrison insiste en que a John F. Kennedy lo asesinó un grupo de cubanos resentidos por la actuación del ex Presidente respecto a Cuba, en connivencia con algunos miembros de la C. I. A. El juicio, aplazado en tres ocasiones, ha despertado en el país la natural expectación. Al margen de las imputaciones que un determinado sector del país hace a Garrison —se dice que pretende aprovecharse de la publicidad del proceso con fines políticos—, el fiscal de Nueva Orleans pretende, ante todo, demostrar al país que el asesinato de John Kennedy no fue obra de un solo hombre, sino que fue resultado de una verdadera conspiración. En dicho informe se dice también que la policía de Dallas ocultó conscientemente la existencia del complot y que «miembros clave» de la C. I. A. fueron los instigadores del asesinato, aprovechando el estado de decepción en que se encontraban los exiliados cubanos por la fracasada invasión de Girón.

SIRHAN: RAZONES OCULTAS



De «inteligente, muy expansivo y abierto con todo el mundo» calificó uno de sus abogados, en la revista «Life», a Sirhan Bishara Sirhan, presunto autor de la muerte de Robert Kennedy, cuyo proceso acaba de entrar estos días en su primera fase. De este modo se abre el segundo de los tres grandes juicios pendientes todavía de decisión judicial en los Estados Unidos. El primero es el ya citado contra Clay Shaw y, además del de Sirhan, queda aún en el aire el que colocará en el banquillo de los acusados a Earl Ray, presunto asesino de Martín Lutero King. Hasta ahora, la única actuación de los abogados de Sirhan se ha centrado en una serie de maniobras dilatorias tendentes a retrasar la vista de la causa. En las fotografías, Sirhan y el juez Herbert V. Walker, que preside su proceso, y que fue quien condenó a Chessman.

